

MENSAJE NAVIDEÑO DE LOS OBISPOS VENEZOLANOS

La Navidad es el tiempo del año más propicio para manifestar la estima, la benevolencia, el afecto a todos los que amamos. La Navidad es, en realidad, la celebración del amor de Dios que se hace visible en Jesucristo, su Hijo. En este amor el Padre, que está en los cielos, nos hermana a todos los hombres que compartimos una misma historia de preocupaciones, trabajos y esperanzas. En estos días en que brota la alegría de todo corazón cristiano, los Obispos de Venezuela queremos hacer llegar a todos los que viven en el territorio de la República este mensaje en testimonio de paternal afecto.

Al llegar la plenitud de los tiempos, en expresión de San Pablo, cuando se cumplió el plazo que determinó el creador de cielo y tierra. Dios envió al mundo a su hijo, nacido de mujer, de la Virgen Santísima, Madre y Señora nuestra (Cf. Gal. 4-1). De esta manera Dios entró en la historia del hombre, se hizo ciudadano del mundo, santificó todo lo genuinamente humano, para liberar al hombre de todo pecado, opresión y egoísmo y posibilitar una nueva humanidad. Jesús con la luz de sus enseñanzas, con la fuerza de su ejemplo y el don de su Espíritu nos alienta y capacita para vincularnos con Dios en sinceridad y verdad, para una vida de servicio y fraternidad, según las exigencias del Evangelio, y nos comunica la paz y la alegría verdaderas. En Jesús tenemos los más fuertes y permanentes motivos por los que merece la pena vivir, amar, trabajar, sufrir y esperar (Cf. Pablo VI. Enseñanzas del Pueblo de Dios: 26-3-72, p 283).

El Padre Santo Juan Pablo II, en el discurso que dirigió a los Obispos venezolanos presentes en Roma, con motivo de la Visita ad limina, subrayó la importancia de la catequesis y nos animó a promover en nuestras comunidades una vivencia integral del mensaje de salvación y dar un testimonio personal y colectivo de las razones profundas de la esperanza en Jesús. Al mismo tiempo, añadió el Papa: "Esta tarea deberá desarrollarse poniendo como centro el misterio de Jesús, Hijo de Dios y Redentor, que en la palabra revelada sigue transmitiendo su enseñanza salvadora para el ser humano en cada momento de la historia, y que en los sacramentos continúa hoy desplegando la eficacia de su fuerza divina, transformadora para quien a El se acerca" (Discurso 15-CI-79. La Religión 20-XI-79 p.7).

"La vivencia integral del mensaje de salvación", de que habla Juan Pablo II, consiste en la adhesión sincera a la persona adorable de Jesús. Si así lo hacemos, viviremos en servicio de amor, ya que este fue el gran mandamiento que El se dignó imponernos:

"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el más grande y primer mandamiento. El segundo le es semejante: "Amarás a tu próximo como a tí mismo. De estos dos mandamientos pende toda la ley y los profetas". (Mt. 22,37-40). El amor que se tengan entre sí, será la marca que distinguirá a los discípulos de Jesús, según su expresa afirmación (Cf. Juan 13-35). Ser fieles a Jesucristo exige reconocerlo en el hermano "que está postrado en el pórtico, atender al Cristo que tiene hambre, al Cristo que tiene frío, al Cristo necesitado, al Cristo peregrino", como lo expresa bellamente San Agustín. Lo cual no es otra cosa, sino especificar la terminante afirmación del Divino Maestro: "Cualquier cosa que hicieréis al más pequeño de mis hermanos los hombres, a Mí me lo hacéis" (Mt. 25,40). El Padre Santo quiso insistir en estas enseñanzas en la audiencia

última a los Obispos venezolanos: "Sabéis muy bien, nos dijo que la misión prioritaria y propia de la Iglesia es la evangelización. Sin embargo no podemos cerrar los ojos a la repercusión que también en el orden social tiene el mensaje del Evangelio. La Iglesia ha demostrado a lo largo de los tiempos una honda sensibilidad hacia el ser humano, víctima de injusticias, de opresiones y de violaciones a su dignidad de hombre y de hijo de Dios. La visión del trabajador no debidamente respetado y retribuido, del campesino sin posibilidad de conveniente acceso a una propiedad en la que logre realizarse con dignidad, de habitantes de ciertos barrios sin casas ni medios de cultura o de trabajo, del hijo de hogares humildes sin oportunidades de adecuada formación para su vida, del emigrante mal acogido o maltratado, son realidades —a las que podríamos añadir otras— que reclaman una mayor humanización de las estructuras y ambientes para que se acomoden al hombre y a su dignidad" (Discurso citado). En este orden de preocupaciones, o sea, la búsqueda de una sociedad más digna y fraterna, no podemos, dejar en silencio algunos hechos y tendencias que se dan en nuestro país y que ameritan una seria reflexión y una urgente corrección. Entre otros señalamos el afán insaciable de tener más alimentado por una alienante y masificante propaganda; el sórdido comercialismo que impulsa a espectáculos y publicaciones cada vez más vulgares y obscenos, corruptores del verdadero sentido del amor, del valor personal y trascendente del sexo y de la dignidad del matrimonio y de la familia. Debemos así mismo apuntar la ambición de ganancias fáciles, generadoras de corrupción administrativa a todos los niveles, la especulación con los precios, fuente de negocios inescrupulosos que perjudican la Nación y golpean de manera especial a los sectores de menores recursos. De otra parte la irresponsabilidad en el trabajo, en el cumplimiento del servicio público así como la expectativa de una promoción económica y social, en base al negocio ilícito, a la suerte, a la apuesta y otros factores del género que retrasan el progreso y el desarrollo que Venezuela con todo derecho pide a grito de sus hijos y de todos los que viven en ella.

Hemos de mencionar también los desorbitados debates partidistas, las abusivas pretensiones sectoriales y las manifestaciones de intolerancia y violencia que malgastan el esfuerzo creador y constructivo, en circunstancias en que la Nación necesita de concordia para responder a los graves retos que la desafían, tanto en lo que respecta a la producción y a la eficacia y responsabilidad de los servicios públicos, como en lo que se refiere a una convivencia social más justa y segura y a una mejor calidad de vida. Si nos detenemos en la consideración de estos hechos y tendencias que acabamos de señalar, advertiremos que en los últimos análisis todos ellos obedecen a trasgresión o, para decir lo menos, a olvido de los mandamientos divinos. El exacto cumplimiento de éstos se hace fácil cuando en los corazones impera el amor. A este respecto la noche de Navidad nos suministra una hermosa enseñanza. Esa noche, en las campañas de Belén resonó el canto de los ángeles a los pastores: "Gloria a Dios en la alturas y paz en la tierra a los hombres que El quiere tanto". (Lucas 2-15). Este mensaje de buena voluntad divina nos invita a una más íntima comunión con El, a una mayor fraternidad con los hombres y a un serio compromiso de cada uno a trabajar por la justicia y la paz. Nada es tan contrario a la enseñanza del Evangelio como la siembra de odio, enemistades y

rencores. Es del Apóstol San Juan esta temible, pero certísima consecuencia: "Si alguno dice: Amo a Dios, y aborrece a su hermano es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve". (1 Juan 4-20) Amar al hermano es hacerle todo el bien que nosotros queremos nos hagan los otros (Cf. Mat. 7-12). La misión del cristiano es ampliar y prolongar el amor servicial y socorredor de Cristo a todo hombre o mujer que encontramos en el camino de la vida, con preferencia por los más pobres y desamparados. Cada uno de nosotros tiene la obligación de esforzarse cada día para que este mundo sea más justo, más fraterno y más cristiano. Y para cerrar toda ambición de dominio o de poder en los que creen en El, advirtió el Señor cuál sería la condición de los que ejercen autoridad: "El que quiera ser grande entre vosotros, será vuestro servidor y el que quiera ser el primero, esclavo de todos, que tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido; sino a servir". (Mc. 10, 43-44). Jesucristo, el Hijo de Dios, que se revistió de nuestra carne y, según la gráfica expresión de San Juan: "fijó su tienda en medio de nosotros", (1-14), para ser nuestro compañero en el peregrinar por la historia, El nos capacita con su gracia para ser constructores del mundo por medio del amor.

Puesta la confianza en su victoria pascual, que por el Bautismo comenzó a ser nuestra, podemos concluir llenos de filial confianza: "Todo lo puedo en aquel que me conforta" (Filipenses 4-13).

En esta Navidad en vísperas de finalizar el Año Internacional del Niño, el nacimiento de Jesús nos urge mostrar con medios prácticos y eficaces el amor y el respeto que debemos al niño. En la encantadora sencillez y fragilidad de esa edad "se manifestó la gracia salvadora de Dios a todos los hombres" (Tito, 2-11). Y en su predicación proclamó un día el Divino Fundador de la Iglesia: "Yo os aseguré, el que no reciba el Reino de Dios como niño, no entrará en él, y abrazaba los niños y los bendecía imponiendo las manos sobre ellos" (Mc 10, 14).

Una Navidad rebotante de fe, un nuevo año feliz, regalo de la Providencia Divina, deseamos, llenos de afecto, a todos los que vivís, en esta amadísima Patria, y al impartiros nuestra Bendición Episcopal, rogamos a Jesús, que nace para nosotros los hombres, sea El nuestro camino, nuestra verdad y nuestra vida (Juan 14,6).

Caracas, 17 de diciembre de 1979.

LA IGLESIA EN LA NUEVA NICARAGUA

COMPROMISO CRISTIANO PARA UNA NUEVA NICARAGUA
(Carta Pastoral del Episcopado Nicaragüense)

Que las fuerzas sandinistas pretendieron siempre no sólo derrocar al somocismo sino crear una Nicaragua nueva y mejor, es algo que estuvo patente desde el principio. Que la Iglesia supiera comprender en esa novedad mejor el soplo del Espíritu... algunos lo dudaban. La Carta Pastoral Colectiva de los Obispos nicaragüenses que publicamos, clara, leal y valiente, muestra una nueva cara de la Iglesia. Una Iglesia que existe en Latinoamérica, evangélicamente comprometida con el hombre y la sociedad. Aunque algunos, desde fanatismos de derecha o de izquierda no quieran verla todavía. La publicamos en el año que comienza como signo de esperanza para nuestros pueblos y como homenaje a todos los empeñados en la liberación en Nicaragua y en el mundo.

A los Sacerdotes, Religiosos y Religiosas, Comunidades de base, Delegados de la Palabra y a todos los hombres de buena voluntad: PAZ Y BENDICION EN EL SEÑOR.

INTRODUCCION

Nos dirigimos al pueblo de Nicaragua, del cual formamos parte, que busca el camino de la verdad y la realización de la justicia en el momento actual del proceso revolucionario que vive nuestra patria, y sobre el que muchos hoy en el mundo tienen puestos los ojos. Queremos hablar con la claridad que nos exige el evangelio (cf. Mt. 5,37) y que nos exige también el pueblo católico y el pueblo nicaragüense todo, a quienes nos debemos. Lo hacemos como Pastores de la Iglesia, conscientes de que muchos cristianos participaron activamente a la hora de la insurrección y trabajan actualmente para la consolidación de su triunfo. Creemos que esta palabra puede ser un servicio al pueblo de Dios, animándolo en su compromiso ayudándolo a discernir lo que es obra del Espíritu Santo en el proceso revolucionario. Estamos convencidos,

como Iglesia, que es mucho lo que hay por hacer y que no siempre hemos sabido estar a la altura de lo que exigían las necesidades de nuestro pueblo.

No podemos realizar solos este discernimiento. Recordamos y asumimos las sabias palabras del Papa Pablo VI: "A las comunidades cristianas les toca discernir, con la ayuda del Espíritu Santo, en comunión con los Obispos responsables, en diálogo con los demás hermanos cristianos y todos los hombres de buena voluntad, las opciones y los compromisos que convienen asumir para realizar las transformaciones sociales, políticas y económicas que se consideran de urgente necesidad en cada caso". (Oc. Ad, n. 4). Por ello esta carta pastoral es también un llamamiento a continuar el diálogo con las comunidades cristianas y una petición a que ellas, que están inmediatamente insertas en nuestra realidad, sepan encontrar el verdadero espíritu "para impulsar eficazmente con Cristo la historia de nuestros pueblos hacia el Reino" (Puebla, n. 274). Sabemos también que lo nuestro no es ofrecer "oro y plata" (Hech. 3,6), ni proponer soluciones políticas o económicas, sino proclamar la Buena Nueva.